

CORREO AMERICANO DEL SUR

JUEVES 13 DE MAYO DE 1813

año tercero de nuestra gloriosa insurrección

Sigue la expedición de Oaxaca

No bien se desahogaron las cárceles cuando vinieron a ocuparlas más de quinientos prisioneros cogidos dentro de la ciudad por las partidas que se destinaron a este objeto, contándose al pie de ciento y sesenta gachupines, entre los cuales, el sanguinario José María Regules Villasante, que se decía teniente coronel de milicias y comandante en jefe de la Mixteca, uno de los “dignos émulos de las glorias de Calleja”, y el odioso Bernardino Bonavia, conocido por comandante de la séptima brigada. Es de notar que muchos soldados de los criollos no se comprendían en aquel número porque fueron desde luego indultados, haciéndose mérito para ello en unos de que se presentaron por sí mismos, y en otros ya de la ignorancia, ya de la violencia que protestaban; excepciones fútiles, pero que nuestro sistema, sin semejante en humanidad y en dulzura, admite a las veces, a pesar de la ingratitud con que algunos pérfidos han correspondido esta indulgente generosidad.

Se disminuía por momentos la mortal consternación que el triunfo de nuestras armas produjo en el vecindario, substituyéndose el asombro con que los habitantes veían desmentidas prácticamente las ideas espantosas que se les habían inspirado de la irreligiosidad, barbarie y atroz conducta de los insurgentes.⁶⁰ La veneración a los

⁶⁰ “Sí, amados diocesanos míos (decía el ilustrísimo señor doctor don Antonio Bergoza y Jordán, obispo de Antequera de Oaxaca en su proclama de 26 de agosto de 1811), vuestros caudales, alhajas, granas, cosechas y cuanto hay en vuestras casas vendrán buscando esos rebeldes bandidos; su osadía se extenderá a los vasos sagrados y alhajas de los templos y conventos; y su brutal lujuria abusará, acá o a vuestra vista, de vuestras mujeres, hijas y hermanas, derramando por calles y plazas vuestra propia sangre y la de vuestros parientes y amigos”... Y más adelante: “nuestras personas, vidas y

templos, el respeto a los eclesiásticos, la moderación para con los vencidos, el comedimiento, la oficiosidad, prendas que desdeñadas ordinariamente por el genio de la victoria pueden llamarse el peculiar distintivo de la índole suave y bondadosa del americano; todo deponía a favor de los defensores de la patria, todo condenaba manifiestamente a los fementidos usurpadores de nuestros derechos, que a expensas de los engaños más groseros han querido perpetuar su inicua dominación.

(Se continuará)

[\[Para leer artículo completo\]](#)

Campo sobre Ixmiquilpan.- El señor mariscal de campo, don Manuel Correa, al excelentísimo señor, don Ignacio Rayón

Excelentísimo señor. — Se rompió el fuego sobre Ixmiquilpan a las siete y cuarto de la mañana, y nuestras tropas no han desmentido el concepto que se merecen aumentado por el triunfo de ayer; han avanzado sobre el puente, han desalojado al enemigo de tres baluartes y le han ocasionado considerable pérdida; pero son ya las tres de la tarde: el pertrecho se disminuye, la invencible división del señor Lobato está fatigadísima, los auxilios todos se hallan a mucha distancia, y no

haciendas de todos peligran igualmente, porque un ejército de bandoleros, como el del traidor sacrílego Morelos, no se satisface con sólo los europeos; y sus traidores auxiliantes colonos irreligionarios a nadie exceptúan ni respetan, sino que unos y otros vienen a chupar la sustancia de todos nosotros, a saquear el templo de María Santísima de la Soledad, nuestra dulcísima madre, a inundar de sangre esta capital, a profanar nuestra santa religión y a introducir en todo la confusión, el desorden, y la anarquía”.

Calificada notoriamente la falsedad de tan horrendos anuncios, todavía no nos atrevemos a condenar las intenciones de S. S. I., sino que sujetándonos a las severas leyes de la caridad cristiana nos persuadimos antes bien a que el corazón puro y sencillo de este prelado admitiese de buena fe los embustes del pérfido Venegas, apoyados en los papeles detractores que han inundado el reino bajo los auspicios del virrey intruso. Esperamos que el suceso acredite nuestra piadosa interpretación, creídos de que el virtuoso obispo de Antequera subsanará de contado el notable descubierto en que se halla su reputación, y reparará del modo posible las injurias que ha irrogado a los dignos americanos que con tanto honor luchan por los sagrados derechos de su patria.

quiero exponerme a ser envuelto por alguna división auxiliar que es indispensable les llegue; acordaré mi retirada con la división del Cardonal para tener el honor de presentarme a vuestra excelencia con esta división después de una correría gloriosa, y que desengañará al que llaman gobierno; que hemos ya aprovechádonos de las desgracias, únicas lecciones que pueden enseñar a quienes no habían oído el estrépito del cañón.

Dios guarde a vuestra excelencia muchos años. Campo sobre Ixmiquilpan, octubre 19 de 1812, a las tres de la tarde. Excelentísimo señor. — Manuel Correa. — Excelentísimo señor presidente, don Ignacio Rayón.

(Ilustrador Americano, número 28)

Acatlán invadido
[febrero de 1813]

Las tropas de mercenarios casi no se emplean ya en otra cosa que en saciar sus brutales pasiones en cualquiera coyuntura que se les presenta, aumentando cada vez más el odio, indignación y horror con que los miran las poblaciones que llegan a caer en sus manos devoradoras. La tristísima escena representada por el mes de febrero del presente año en el infortunado pueblo de Acatlán es una prueba incontestable de esta verdad dolorosa, capaz de arrancar lágrimas a las peñas, y de contristar los corazones más duros y despiadados.

Hallábase allí un corto destacamento de americanos al mando del capitán Díaz, con destino precisamente de observar las disposiciones del enemigo; pero, por desgracia, cuando menos se esperaba se dejó ver en las inmediaciones Domingo Ortega, el desnaturalizado, el impío, el bárbaro Ortega, a la cabeza de trescientos hombres, todos desalmados y todos resueltos a beber la sangre de los inocentes. Sorprende en San Antonio a cuatro soldados que aquel día habían salido a hacer la descubierta; los arcabucea en el momento y se encamina a Acatlán. Coge desprevenidos a los demás, que con muy pocas armas, ningunos pertrechos, ni competente número de tropa para empeñar una acción, emprendieron su retirada que por fin lograron a costa de un pequeño descalabró.

Desmantelado ya el pueblo, en vez de perseguir a la divisioncilla, como era de esperase, entró en él el feroz Ortega seguido de sus

confacciosos; y a manera de una manada de lobos desparramada por entre otra de mansas ovejas, sembraban por todas partes la muerte y la desolación sin el menor obstáculo y sin distinción alguna de edad, sexo, o carácter. Aquí descargan golpes mortales sobre el infeliz anciano agobiado de años y de enfermedades; allí acometen al indio miserable, que había ido a surtir al mercado del pueblo; y acullá, después de abusar de la debilidad del sexo, desaparecen a un considerable número de mujeres mezcladas con sus tiernos hijos, cuyas delicadas cabezas rodaban teñidas en su propia sangre. Estuvieron [...] aquellas fieras estos sacrificios cruentos hasta que cansados ya, pero no satisfechos, pasaron a otros excesos [...] y transcendencia.

Destrozaron las puertas de las casas y robaron cuanto encontraban en ellas. Estando el cura en la puerta de la suya, le dispararon un balazo, y seguidamente entraron dos haciendo alarde de su valentía y penetraron con espada desenvainada hasta la recámara, donde decían hallarse escondido el señor Matamoros. ¡Cándidos! ¡Cómo habían de haber ultrajado tanto a la humanidad con sus atrocidades si hubiera estado allí el señor mariscal! ¿Por qué no preguntarían también por los señores Rayón y Morelos? ¡Fanáticos, botarates!

No contentos con los bienecillos de los vecinos se atrevieron al santuario del terrible Señor de los ejércitos, pillando los paramentos sagrados, que con sacrílego descaro propusieron de venta al mismo cura y lo estrecharon para que comprase. ¡Oh monstruos de furor y de impiedad!

Acompañaba a estos bandoleros el padre don José Eugenio Mateos, ministro encargado del curato de Tehuizingo. Los que trataron y comunicaron íntimamente a este eclesiástico todo el tiempo que la división del señor Matamoros se mantuvo en Izúcar, se pasan y confunden al ver ahora sus procedimientos. Se manifestó constantemente decidido por la santa causa de la nación y más de una vez se ofreció para servir bajo de sus augustas banderas, acreditando su sinceridad con demostraciones del más vivo entusiasmo. Pero lo mismo fue retirarse de aquel punto nuestra división que cambiar enteramente sus ideas. Procuró intimidar a cuantos insurgentes pasaban de retirada por Tehuizingo llenándoles la cabeza de mil quimeras que por aquellos días esparció el gobierno embustero, figurando ventajas que nunca consiguieron sus tropas de esclavos; medio ordinario para alucinar a los débiles; y en efecto, venció Mateos a unos pocos que se indultaron por su mano, pero que enterados ya de la verdad han vuelto después a

buscar el abrigo de los ejércitos defensores de la patria. El que transcribe estas noticias tuvo la satisfacción de burlarse de la credulidad (tal vez sencilla) de Mateos y de haber despreciado el indulto con que lo brindaba por la mediación del señor obispo de Puebla.

¡Ah, miserables de los que regulan sus procederes por la fuerza que gradúan en los partidos beligerantes! Es imposible que sostengan el equilibrio, temprano o tarde se descubrirá su vileza; y por una o por otra parte será inevitable su desgracia. ¡Preocupados, que os mantenéis aún a devoción de esos inhumanos hotentotes, abrid los ojos y fijadlos atentamente en el teatro lastimoso de Acatlán! Si no os obligan los clamores de vuestra patria, si no os empeñan los ultrajes de sus sagrados derechos, si con rostro sereno miráis correr la sangre de vuestros compatriotas, muevaos siquiera el interés de vuestros padres, el de vuestras mujeres, el de vuestros hijos, el de vuestras mismas personas. Y vosotros los que perezosos holgáis a la sombra del egoísmo detestable, en vano os lisonjeáis de que habréis de preservaros de los estragos horrorosos de la guerra. La punta de este azote alcanza al más distaste y no reserva al que menos quiere ingerirse en los negocios comunes. Temedla pues, que con más furor y seguridad suele descargar sus mortíferos golpes en esa clase de cobardes ciudadanos.

NOTA. No se habían insertado estas noticias porque ignorábamos las interesantes circunstancias que ahora trasladamos. El sujeto fidedigno, a quien ocurrimos, para que nos informase como testigo ocular que fue de tan espantosa catástrofe, acompaña el siguiente

*Estado que manifiesta el número de víctimas sacrificadas
al furor de los bandidos que invadieron el pueblo indefenso de Acatlán
en el mes de febrero del presente año*

Indios del mismo pueblo que estaban en sus casas	128
Criaturas <i>ídem</i>	027
Mujeres <i>ídem</i>	012
Izucareños que estaban viviendo en <i>ídem</i>	012
<i>Ídem</i> mujeres	011
<i>Ídem</i> criaturas	002
Indios de Totoltepec, que habían concurrido al mercado	026
<i>Ídem</i> de Tehuicingo <i>Idem</i>	004
<i>Ídem</i> de la Mixteca alta <i>ídem</i>	038

<i>Ídem</i> del pueblo de San Jerónimo <i>ídem</i> .	003
De razón del propio Acatlán	028
<i>Ídem</i> de incierto origen y vecindad	011
Soldados de América	008
Suman todos los muertos	310

Impreso.- Proclama que dirige a sus paisanos don Benito Rocha y Pardiñas; se hallará en la aduana y tienda de Gris; su precio tres y medio reales.

EN LA IMPRENTA NACIONAL DEL SUR